

ponerlos en camino de comenzar su carrera en la vida bajo auspicios favorables. El ejemplo mismo de Banco enseña que la más elevada inteligencia no puede descuidar el ahorro sin peligro. Pero miles de testigos certifican diariamente, que hasta hombre de la más modesta inteligencia puede practicar la virtud con éxito.

Pensamientos de Arboleda

La virtud es la base de la libertad.

El primer paso que se da hacia el vicio o el delito es el primero que se da contra la libertad.

La religión es la libertad basada en la caridad. La incredulidad es la tiranía basada en el egoísmo.

Las virtudes cristianas en el Gobierno, harán más por la prosperidad de un país que todos los demás elementos materiales de que pueda ser afortunado poseedor.

Todo el que aspira a destruir el prestigio de la religión en su patria, es tirano o sectario de la tiranía.

La violencia no es el camino que lleva a la libertad.

Las guerras civiles son un medio eficaz de establecer la tiranía.

Una forma de gobierno es más o menos buena, o más o menos mala, según que asegure mal o bien los derechos del ciudadano.

Cómo han de ser eficaces para labrar nuestra felicidad unas instituciones que no han sido creadas para nuestras propias necesidades, sino copiadas servilmente de otros pueblos, cuyas costumbres, hábitos, creencias y sentimientos son enteramente distintos a los nuestros?

Hemos pretendido fundar la libertad escribiendo su nombre en letras gruesas.

Todos los tiranos son cobardes y envidiosos, y como cobardes y envidiosos, son niveladores.

Lo que dice Benedicto XV

« La experiencia enseña que en cualquiera sociedad humana así como en la sociedad civil de las naciones, el hábito de la obediencia a las leyes es prenda segura de prosperidad cimentada en la paz; en tanto que si la autoridad de las leyes es mirada con desdén o con desprecio, la discordia y el egoísmo adquieren el predominio, con grave perjuicio de los intereses privados y de los negocios públicos.

Si fuera menester demostrar esta verdad, hallaríamos la prueba mejor en los acontecimientos de la época actual. La horrenda insania

de esta guerra que devasta la Europa, *no está diciendo de manera aterradora hasta qué excesos desastrosos no llegan la violación, y el desprecio de las leyes que regulan las relaciones entre los Estados?*

Ha sido de ver en esta tremenda conflagración de los pueblos, la profanación de las cosas sagradas, el tratamiento indigno a los ministros del culto, no obstante la dignidad eclesiástica de que están investidos y el respeto a que son acreedores por derecho divino y por el derecho de gentes; el crecido número de ciudadanos pacíficos que se han visto forzados a abandonar sus hogares, a pesar de las lágrimas de las madres, de las esposas y de los hijos; los ataques formidables dirigidos desde chículos aéreos contra las ciudades y poblaciones indefensas; y en mar y en tierra la perpetración de tan atroces crímenes que horrorizan y torturan el alma.

Deploramos estos males sin cuento y de nuevo reprobamos las iniquidades de esta guerra, cualquiera que sea el lugar donde se han cometido, y sean cuales fueren los autores de ellas.»

ALOCUCION CONSISTORIAL.

Beneficios de la Guerra

Revista "Ciudad de Dios"
5 de Abril de 1917. - Madrid
N.º 1053

La Providencia dirige y gobierna los pueblos «con mano potente y brazo excelso», prescindiendo de las miras egoístas y apasionadas de las naciones, que se ahogan impotentes en las estrecheces del tiempo. Dios abarca los horizontes luminosos de resurrección gloriosa y vida eterna, porque es la vida y la inmortalidad por excelencia y, cuando los hombres moran ante los golpes del infortunio, hace brillar a sus ojos el faro de un puerto sin tormentas, muy próximo al lugar de las borrascas que amenazan con el naufragio, la destrucción y la muerte.

Mar revuelto y agitado era el pueblo francés, antes de la guerra, decían muchos celosos de una gloria, que no siempre es la de Dios, y cubierto de escollos formidables está hoy, aseguran otros, cuyas complacencias serían verle descender a los abismos; pero los encargados por misión divina de inclinarse sobre su pecho para infundirle alientos, y de escuchar los latidos de su corazón, para levantarlo al cielo, han visto antes de la guerra y ven principalmente hoy, luz clara y simpática, riñendo con las tinieblas, tesoros riquísimos de fe salvadora, amor desinteresado y noble, luchando con egoísmos repugnantes, y hasta virtudes heroicas, aniquilando vicios y enterrando villanías, sin o-

cultar penas hondísimas y lágrimas amargas, reveladoras de las grandes miserias inherentes a la pobre condición humana.

Los extraños a los dramas que se desarrollan en la conciencia de un pueblo, visto a través de las fronteras, han llamado realidades a engañosas apariencias, podridos a todos los franceses, cadáver repugnante a la nación entera, sin torrente circulatorio en el organismo particular y social, sin chientes vigorosos, sin tendencias a lo grande y noble, sin más anhelo que el hijo único, sin más aspiraciones que la egolatría, sin más prácticas salvadoras que los deprimentes del ateísmo social.

Sería ridículo negar hoy el asombro de muchos pueblos, incluso el alemán, ante el despliegue de energías físicas y morales del francés en la hecatombe de una guerra tan dura, cruel y sangrienta como la que está haciendo un vasto cementerio de la juventud europea, de una lucha sin ejemplo, reveladora de provisiones y torpezas, abatimientos y heroísmos, sordidos apetitos y desprendimientos generosos. El azote de Dios ha despertado inteligencias dormidas sordas a la voz de los cielos en días de paz y ventura; ha sacudido voluntades rebeldes a los atractivos del bien, y hoy resuenan en las trincheras ecos simpáticos de oración fervorosa y tierra, nacida de lo más profundo del alma atribulada; se oye el cántico sublime de las almas penitenciales en las entrañas de la tierra. Se suceden las plegarias más conmovedoras, como en las catacumbas de Roma en tiempos de los Césares paganos; se hunde la frente en el polvo, dejando paso franco al huracán de fuego, que procede del campo enemigo, y a la justicia divina que se efierne sobre todas las cabezas; se pide el auxilio del cielo y la absolución sacramental, cuando a la voz de mando salen los soldados a la luz del día para presentar el pecho a la metralla y morir como valientes, defensores de la patria.

Con el noble propósito de conseguir estos santos ideales, el Cardenal de París, Monseñor Amette, ha invitado a los reclutas de 1818 a un día de retiro espiritual, como preparación a las amarguras de los campos de batalla, encargándose de fogear el alma de los nuevos soldados con fervorosas pláticas espirituales el intrépido abate Lamm, caballero de la Legión de Honor, condecorado con la medalla militar y la cruz de Guerra por méritos de campaña.

No han vuelto todos a Dios, ni son conventos los cuarteles, ni escuelas de castidad las aglomeraciones de tropas, especialmente las alejadas de las líneas de fuego y de los estragos de la muerte; existe y existirá siempre la locura del placer en grandes masas de jóvenes, envueltas en las redes que condenaban ya San Bernardo, San Luis y Juana de Arco; pero es un hecho de toda evidencia, según testimonios